

CAPÍTULOS GRATUITOS

Recién caZados

Roxana Aguirre

CAPÍTULO 1

David

La luz martilla mis pupilas y siento cómo quema mis pestañas. En un intento de abrir los ojos, un maldito dolor se apodera de mis sienes, mi cabeza da vueltas, mi estómago está revuelto. ¿Qué es esta mierda? Siento como algo de mi interior quiere salir y sin pensarlo dos veces corro hasta el baño, mis extremidades y mis brazos duelen, siento que hice una extraña rutina de gym pesada, pero recuerdo que ayer no hice ningún tipo de ejercicio físico. ¡Demonios! Ni siquiera llego hasta el baño, vomito en la puerta hasta la bilis. ¡Qué asco! Apesta, hago una expresión de repulsión al ver mi propio vómito.

De cuclillas, observo mi entrepierna. ¿Por qué estoy desnudo? ¡Maldición! ¿Fui violado? No, no, no. Me sostengo de las paredes tomando lugar en el alfombrado piso muy cerca de la puerta, no recuerdo nada y estoy comenzando a rozar la histeria, que no haya sido un hombre. ¡Nooo! Cuando logro levantarme del suelo después de sacudir mi cabeza y rogarle a un Ser Supremo que espero me escuche luego de esa tremenda borrachera de ayer, pido que no sea un hombre, por favor. Tomo una toalla del baño y la enrolla en mi cintura, me acerco al bulto que hay en la cama debajo de todas esas sábanas, tomo un bastón que no sé qué hace aquí y me percato... ¡Joder! ¡Que no haya sido un viejito! Todo mi interior se revuelve solo pensar que perdí mi virginidad trasera con un viejito, o peor aún, que mi King Kong haya entrado en no sé qué agujero negro y peludo.

Con la punta del bastón toco el bulto repetidas veces y no se mueve, ahora todos mis problemas pasan a segundo plano. ¿Qué tal si el viejito murió? Y luego tendré que ir a testificar y se darán cuenta de que... Yo... Noooo...

Observo mis manos y hay algo rojo en la derecha. ¿Qué es esto? No... ¿De paso maté al viejito? Iré a la cárcel, violado y solo, estoy entrando en pánico, hiperventilando. ¿Qué carajo hago aquí? «David, cálmate», me hablo a mí mismo. Me siento en el suelo intentando recordar qué pasó y con los codos sobre mis rodillas llevo las manos a mi cabeza y hundo los dedos entre el cabello. Seguro lo maté porque me quiso violar, sí, eso debe de ser, yo no me dejaría ni borracho. De pronto escucho un quejido, levanto la cabeza y el bulto se mueve, abro los ojos como platos. ¡El viejito no está muerto!

Tengo tiempo para salir corriendo de aquí, estoy por hacerlo cuando una mano salta a mi vista y se deja caer sobre el colchón, no se ve como la mano de un

anciano, me levanto y tomo el bastón otra vez, me acerco un poco más, veo un cabello castaño asomarse entre las sábanas y toco el bulto nuevamente ahora con más fuerza, casi de inmediato la mano fuera de las sábanas toma el bastón y en un ágil movimiento logra quitármelo y solo veo cómo me apunta con él, cierro los ojos y espero el zapotazo de mi vida.

—¿David? —Es la voz de una chica.

¡Joder! ¡Es la voz de una chica!

Aún atemorizado, la observo y abro los ojos como platos. ¡Esta chica!

—¿Natalie? —pregunto, ella me mira con sus ojos castaños bien abiertos, hace una mueca de dolor, se lleva una de las manos a su sien y comienza a masajearla, la observo de pies a cabeza, está desnuda con las rodillas enterradas sobre la cama y apuntándome con un bastón. ¡Qué escena más erótica! Y qué buenos pechos. Joder. Ella sí, ojalá me haya violado una y mil veces.

Al percatarse de la situación inmediatamente toma una de las sábanas e intenta taparse con esta, la sábana blanca está cubierta con un líquido rojizo, como el que está en mi mano, y ella también lo mira asombrada. Mira a su alrededor y llevo los ojos a la dirección en la que los suyos están puestos, parece que hubo un asesinato en esa cama.

—Por favor, dime que no eras virgen. —Te lo ruego, Ser Supremo de las alturas, que diga que no, si lo era significa casamiento por la iglesia con traje y corbata.

—No —dice de inmediato y mis pulmones sueltan todo el aire que estaban conteniendo. ¡Qué alivio!—. ¡No puede ser! —exclama—. ¿Qué fecha es hoy?

Baja rápidamente de la cama acomodando la sábana alrededor de su cuerpo y busca algo como una loca, comienza a correr de un lado a otro, me está poniendo nervioso.

—¿Qué? ¿Qué estamos buscando? —comienzo a correr con ella buscando lo que sea que busca.

—Mi celular —exclama, casi gritando. Casi me hace chillar por la impresión y la tensión del momento, que no ayuda en nada. Tomo el mío, que posaba sobre la mesa de noche, para poder marcar su número.

—Préstamelo —espeta y lo arrebató de mis manos. Observa la pantalla y chilla, haciendo que mis tímpanos se resientan—. ¡No puede ser! Aún faltaba un día.

—¿Para qué? —pregunto desconcertado. ¿Por qué las mujeres son tan raras?

—Para mi menstruación —menciona, despejando de su frente algunos mechones de pelo que le caían por la frente—, no traigo conmigo ningún maldito tampón.

—¿Qué cosa? —Comienza a revolver todo en el interior de su bolso como una loca y yo la observo frunciendo el ceño, y mis alarmas se activan... dijo... ¿menstruación? Llevo los ojos a mi mano derecha y mis dedos están cubiertos del líquido rojo... ¿menstruación? Ahogo un grito.

—¿Esta mierda en mis manos es sangre de ahí? —Estoy tan alterado que no puedo pensar, me dan arcadas, pero ya nada me sale porque mi estómago está vacío.

—¿Por qué...? ¿Por qué todos tus dedos están cubiertos de mi menstruación? ¿Y tu cara? —Toma el bastón nuevamente y se acerca a mi apuntándome con él,

me cubro la cabeza por instinto.

—¿Mi cara? No, no, no... ¿Por qué, Dios, me haces pasar por estas cosas? — digo, en un sollozo, pero no estoy llorando—. ¿Por qué me pasan estas cosas a mí? ¿Por quééé?

—Necesito que vayas a buscarme unos tampones, ahora mismo. —Levanto la mirada a sus ojos, aturdido. Espero no sea cierto eso que me está pidiendo.

—¿Tampones? ¿Qué mierda es eso? ¿Se come? —me mofo, obvio sé qué es un tampón. Son buenos para detener flujos de sangre de tu nariz cuando te la rompen en una discoteca por coquetear con la mujer de un luchador profesional de la UFC.

Ella levanta el bastón y cubro mi cara.

—¿Qué mierda hace ese bastón aquí? —pregunto temeroso, que no me pegue en el rostro, por favor, Ser Supremo—. Iré a deshacerme de esa cosa hoy mismo.

—Tú se lo quitaste al señor que llevaba las flores. Y luego me querías azotar con él diciendo que eras Christian Grey.

Ella lo tira al suelo cabreada y yo solo la observo intrigado. ¿Qué? Clavo la mirada en ella, quien está comenzando a sacar todas las cosas de su bolso.

—¿Quién carajos es Christian Grey?

—El tipo de la película que vimos antes de venir a Las Vegas.

Y ahí recuerdos vienen a mi mente.

—Odio lazs relaxzioness siemprrre terrminass joddido.

—Szí. Dímmmeelo a mí, mi ex se acostó con dozs de miszs amigazss. Malditasss hijasz de putaaa.

—A mí me dejaronn por un tipooo con dineeroo un messz despueszz deee propponerlee matriiimonio.

—¿Qué? —Lleva un trago de cerveza a su boca mientras me mira intrigada y yo no puedo quitar la mirada de su escote, aun ebrio puedo distinguir entre qué está bueno y qué está buenísimo.

—Tú y yooo deberíaamos caszarnooosz nos entendemoszz bastantee. —Alterno mi mirada entre su busto y sus ojos.

—Tienezs razónnnn. Vámonos a las malditassxx Vegas hoyyy mismo.

—Y despuéssss tenemozzss setzo salvaje como los tipoozz esztos del Grey y la Anastasia.

Vuelvo en mí. Me llevo la mano izquierda frente a mis ojos y en mi dedo anular hay un anillo. Es de plástico, pero es un anillo, y solo puede significar una maldita cosa. Llevo la otra mano a mi cabeza y miro su mano izquierda. Ella la levanta dejándola frente a sus ojos y ahí está, el anillo de plástico, también en su dedo anular.

Esto no puede ser verdad.

Tres días antes

Natalie

—¡Alex! ¡ALEXANDRAAAA! —lloriqueo mientras me sostengo de las cortinas del baño. Esto no me puede estar pasando—. ALEX...

—¡Joder, Natalie! ¿Qué te pasa ahora? —Ella tan tranquila entra al lugar con un envase de helado en las manos, lamiendo una cuchara y yo aquí, muriendo del susto con esta cosa.

—¡Ah! ¡No me mires desnuda! —grito cuando me percaté de que no tengo nada puesto y ella ha recogido las cortinas dejándome completamente expuesta. Me tapo con ellas, o es lo que intento, porque de inmediato me resbalo y quedo suspendida en el aire sosteniéndome de la tela y con mi culo ante sus ojos.

—¿En serio crees que haya algo ahí que me interese ver? Ciertamente que tienes un culo exótico, pero tampoco es para tanto. —Frunzo el ceño e intento enderezarme, hasta ya había olvidado para qué la había llamado, pero la jodida cosa vuela otra vez y se me pega en la espalda. Ahogo un grito.

—Alexxxx —lloriqueo, aún sosteniéndome de las cortinas, y no puedo evitar pensar que sí hice una muy buena inversión porque las jodidas han soportado muy bien mi peso—, quítame esta cosa de la espalda y mátala, por favor.

La boba se ríe a carcajadas, y no, no esperó que la maldita cucaracha volara hacia otro lugar, la mató en mi espalda dándome un chancletazo.

—Ahora lávate porque te ha llenado de mierda —grito de nuevo, qué asco, ahora sí me incorporo por completo, corro hasta la regadera y miro cómo la cosa aplastada cae y el agua la arrastra por mis pies.

—Eres una asquerosa, Alex —le grito y está ahí parada, tomando el helado que había dejado sobre la tapa del váter y regresa su atención a mí.

—¿Qué? Yo no fui la que te cagó la espalda —dicho esto, así sin más, se retira, cerrando la puerta a sus espaldas.

Sí, ella y su personalidad son únicas. Por eso es mi mejor amiga.

Una rubia con carita de ángel y ojos verdes, que no pareciera que quebrara un plato, pero muy capaz es de desatar la tercera guerra mundial si la provocan. Se ligó a su jefe, bueno, primero se casaron y luego se lo ligó, larga y confusa historia, o fue él quien se la ligó a ella, yo ya ni sé la verdad, pero aún recuerdo cuando me miraba con cara de asco cuando yo le hacía bromas con su jefe, algo que no entendía porque es joven y apuesto, yo lo más cerca que he estado de estar con un jefe fue a los 18, con el dueño de una heladería. Al menos tuve helado gratis por los dos meses que estuvimos juntos.

Salgo del baño una vez que creo que todo el excremento de cucaracha se ha limpiado de mi espalda, solo pensarlo me da náuseas y vuelvo a entrar otra vez, vierto un poco de mi gel de baño en la zona y comienzo a restregarme otra vez.

Ahora sí, saldré sin pensar en eso.

Aproximadamente a las seis de la tarde comienzo a prepararme, hoy es Halloween y el cuerpo lo sabe. Tiendo en mi cama ambos trajes que Alex y yo usaremos hoy, los había comprado el otro día en una tienda de disfraces, había invitado a mi amiga a la fiesta que hará el canal para el que trabajo y ella llevará a su chico, así que elegí uno de los más sexys, Oliver Anderson tendrá que agradecerme luego. Me maquillo y después hago lo mismo con Alex. Arreglo nuestro cabello de la misma forma, un rizado espectacular, aunque Alex ya tiene el cabello así, por lo que no se me dificulta tanto, a mí sí, mi cabello es muy lacio y deseara no tenerlo de esta forma. Ella se está observando en nuestro espejo de sala cuando voy hacia mi cuarto por los disfraces.

—Bien, tú eliges... ¿Caperucita roja? O... ¿El lobo? —pregunto, una vez cerca de ella, mostrándole ambos trajes, y ella hace una extraña expresión.

—¿¡Ah!?! —Ella voltea hacia mí y me mira con desconcierto. Vuelve a ver los trajes y me mira de nuevo—. ¡Oh, por Dios! Estoy segura de que esa caperucita roja no iba hacia donde su abuelita como decía.

—Alex, solo elige uno, por favor. —Intento parecer molesta, pero una risa se me escapa, la verdad que me da igual hacia dónde iba, es *sexy* y punto.

—Creo que el lobo —dice finalmente. ¡Genial! Porque yo en serio quería ser caperucita.

Me despojo de mi ropa y comienzo a ponerme unas medias caladas sobre mis bragas negras. Seguido me pongo el traje, bastante ajustado, lo sé, pero es Halloween. A decir verdad, me gusta la ropa ajustada. Alex me ayuda a acomodar el corsé y yo le ayudo con el de ella, nos tomamos más de media hora en la puesta de cada prenda, tirando de cada una de las cintas y ajustando los broches, incluso siento su pierna en mi trasero para ajustar mejor y acomodar todo en su lugar, por poco me arrepiento de haber conseguido estos trajes, pero cuando me miro en el espejo siento que ha valido la pena.

—Es —habla mi amiga, jadeante— la última vez que te ayudo a ponerte algo así.

La ignoro, de perfil miro mi reflejo y me gusta lo que veo, con entusiasmo voy hacia mi habitación y me calzo cuando en mi reloj veo que ya casi es la hora.

Escucho mi celular sonar y una vez que tengo los tacones puestos voy hasta la mesa de noche y tomo mi teléfono, que yace sobre la cama. Deslizo el dedo pulgar sobre la pantalla y el nombre de mi ex es el que parpadea anunciando un texto.

De: Dereck

En serio, mi amor, lo lamento, no quise hacerlo, ella fue la que me sedujo, te lo juro.

¡Ah, sí, claro! Por eso les metías la lengua hasta la garganta y acariciabas su muslo en plena fiesta. Maldito bastardo.

Para: Dereck

Come mierda, cabrón.

Salgo de mi habitación ya lista para irme a la bendita fiesta, ahí está Alex mirándose en el espejo con el ceño fruncido, la condenada tiene unas buenas y largas piernas que juegan a su favor. Ya desearía tener unas así, pero no, yo tuve

que heredar los genes de mi madre y no llegar ni a los 160 centímetros.

CAPÍTULO 2

David

¡Ah! Qué mierda, ya estoy aburrido. En serio que esto de esperar mujeres no es lo mío.

—¿Estás seguro de que la espera valdrá la pena? Porque, en serio, Oliver, siempre que te citas con una mujer y me invitas es porque llevará a su amiga fea. —Oliver ríe y me mira a los ojos.

—Deja de quejarte, no vaya a ser que termines enamorado. —Resoplo. ¡Sí, claro! Yo enamorado.

Hay miles de mujeres guapas aquí y yo esperando una por culpa del caga-billetes este. En serio que este disfraz me está dando comezón. ¿A qué hora me decidí por este disfraz de mago? Hay miles de magos en este lugar. Observo que mi amigo no se pone su sombrero y lo tiene tirado en la barra, a mí me costó comprar estos trajes por Amazon, aunque él los pagó, pero eso no se lo he dicho.

—Oliver, el sombrero va en tu cabeza. —Tomo el sombrero y lo pongo en su cabeza, pero no, él lo vuelve a agarrar y lo pone en la barra—. ¡Ah! Es parte de tu disfraz de vampiro reptil. ¿Sí o no que se mira bien? —pregunto al *bartender*, quien solo sonrío y asiento sirviéndonos otros tragos—. ¿No entiendes que Alexandra te verá mucho más atractivo con ese sombrero? —Miro que no responde y tiene su mirada clavada en algo, llevo de inmediato mis ojos hacia donde están puestos los suyos. Me lo debí de haber imaginado, es Alex y se ve estupenda, también clavo mis ojos en ella, pero en realidad no en ella en sí, sino en una preciosa criatura que trae tomada de su mano, supongo que es la amiguita que tengo que distraer hoy.

Ella está viendo hacia un lado, me da tiempo de analizarla mientras está distraída, lleva un traje que parece ser de caperucita roja, tiene una asombrosa silueta y buenos pechos que resaltan con ese traje, sus piernas bastante firmes y trabajadas en el gimnasio van enfundadas en unas medias negras caladas. En ese preciso instante voltea la mirada hacia mí, y ahí sí la puedo observar más detalladamente, no solo tiene buen cuerpo, sino que su rostro es precioso.

Tiene el cabello castaño y rizado que en las puntas va dando a rubio, unos grandes y atractivos ojos castaños con espesas pestañas largas, su nariz fina y rasgos ovalados, a la mierda todo si la amiguita de Alex no es encantadora.

Y es que el lobo quiero ser yo.

Ella me observa de pies a cabeza y yo hago lo mismo. Alexandra se acerca a Oliver y le da un abrazo. ¿Por qué esta otra chica no me abraza a mí? Yo quiero abrazarla y muchas cosas más. Ella observa mis labios y luego mis ojos, mis labios otra vez y luego mis ojos, me siento un objeto sexual y eso me encanta, yo hago lo mismo y muerdo mi labio inferior

viendo los suyos, ella pasa suavemente su lengua por sus labios, qué labios más ricos, sé que esa boquita podría hacer mucho por mí.

Sí, esas cosas que ustedes están pensando.

—Natalie, él es David, David, ella es Natalie —menciona Alex mientras sigue abrazada del idiota que juega el papel de mi mejor amigo. Natalie... qué lindo nombre... no solo está bien buena, sino que tiene un buen nombre, como Natalie Portman, esa mujer me sacó mis buenas pajas cuando era un puberto.

Mejor no hablaré de eso.

—¿Va... Vamos por allá? —balbucea la chica que lleva el nombre de Natalie, señalando unos sillones de piel en una esquina del lugar, no despega la mirada de mí y yo igual, sé que su cerebro está proyectando una escena bastante sexual de nosotros dos juntos y bueno, yo igual... ¿Para qué mentir?

Camino junto a ella hasta los sillones de piel, en serio que está comenzando a hacer calor. Hablo con ella mientras tomamos unos cuantos tragos. Ah, es presentadora de televisión, eso suena interesante. ¿Por qué nunca he visto su programa? ¡Ah! Es de maquillaje. Con razón. Aunque... creo que ahora comenzaré a ver el condenado programa de maquillaje. Me agrada esta chica, es fácil conversar con ella.

Luego de unos cuantos tragos de más, observo sus labios, son tan llamativos, no me puedo contener, junto mis labios con los suyos y ella por un momento me mira asombrada, por unos dos segundos, de hecho, de inmediato me corresponde y... ¡vaya! Sí que besa bien.

Luego de algunas dos horas, ya me sé sus labios de memoria y me paseo libremente por ellos, ella hace lo mismo.

Luego baila sensualmente alrededor de mí y yo me descontrolo, nos frotamos como adolescentes y apuesto a que debió sentir mi erección más de una vez por la forma en que me sonrió mordiendo su labio inferior, no lo sé, estoy tan tomado, pero no tanto como para aún querer saborearla de nuevo.

Quiero continuar esto lejos de la vista pública. La tomo de la mano y la saco de aquel lugar, no sé dónde carajo está Anderson, pero por suerte ella tiene las llaves del auto de su amiga. Nos besamos todo el camino hacia el vehículo, antes de llegar a nuestro destino alguien la toma del brazo y la separa de mis labios. Abro los ojos y pestañeo algunas veces para enfocar mejor al tipejo con complejo de Kurt Cobain.

Y compararlo todavía es una ofensa para Kurt Cobain.

—¿Es en serio? ¿Por este imbécil es que no regresas conmigo? —Ella lo aparta de un empujón y el sujeto intenta tomarla del brazo de nuevo.

—No, vete a la mierda, Dereck. Ve a buscar zorras como te gusta —suelta la chica linda. El idiota ríe sarcástico.

—Bueno, si ya andas con este marica es porque tú también lo eres. —Inmediatamente siento ira recorrer mi interior.

¿Acaso la llamó zorra?

—¿Cómo la llamaste, hijo de puta? —Ni siquiera me importa que me haya llamado marica a mí, una mujer merece respeto y al parecer a este idiota no se lo enseñaron antes—. ¿Qué clase de hombre llama zorra a una mujer?

—¡Ah! Y es que la princesita rasguña. —Inmediatamente escucho abucheos de un grupito de subnormales que venían con él—. A ver, barbita. —¿Barbita? ¿Qué carajo?—. Lárgate de aquí, esto no es asunto tuyo.

Me río en la cara a todos, tan estruendosamente que casi puedo presentir que se escucha dentro del club, y le dejo ir mi puño contra el rostro pálido sin resentimientos. En otras circunstancias me hubiera retirado como una persona educada, pero... ¡la mierda ser educado. El flacucho cae al suelo y se lleva el dedo pulgar al labio, que ya está comenzando a sangrar.

Ahora sí me puedo retirar como una persona educada, acomodo mi saco y tomo a Natalie de la mano, ella me mira perpleja y mira al tipo que yace en el suelo. Volteo a ver solo para cerciorarme si nos están siguiendo, pero no, por suerte ellos caminan hacia la dirección opuesta y puedo verlo limpiar su labio de vez en cuando. Tengo ganas de seguirlo y agarrarlo a golpes, pero no quiero terminar en la cárcel. Suficientes líos he tenido a mi corta edad.

Al llegar al auto Natalie me acorralla en él y junta sus labios con los míos, llevo mis manos a su cuello para profundizar el beso y... ¡Joder! Me estremezco al sentir su mano en mi entrepierna, trago saliva, hasta debí parecer virgen, ella me mira con intriga, sí, de seguro creyó que soy virgen. Maldición.

En mi defensa, nadie nunca me había agarrado el paquete de esa forma.

—Gracias. —Le escucho decir, mi respiración está acelerada al igual que la suya. Estoy tan duro que siento que puedo correrme en cualquier momento en los pantalones. Aunque no sé a lo que se refiere hasta que señala el lugar donde nos encontramos a los idiotas.

—Por ti lo haría una y mil veces. —Vuelve a besarme y yo le correspondo de manera feroz, mis manos viajan a su trasero y por la falda con bastante tul que lleva puesta casi no me percato de que también tiene buen culo. Soy un hombre afortunado.

—¿Vamos a mi apartamento? —pregunta jadeante. Yo sé lo que eso significa, por supuesto que sí, ni siquiera tengo palabras, solo asiento y subimos al auto. Pude decirle que fuéramos a mi casa que está a unos minutos de aquí, pero estoy tan fuera de mis cinco sentidos que accedo a ir a su apartamento, no sé si es seguro que conduzca si ambos estamos ebrios, solo espero que no nos encontremos a los malditos policías, pero por fortuna de ambos no hay ninguna sorpresa a mitad del camino.

Vamos por el ascensor hacia su apartamento y no hay nadie, inmediatamente la acorrallo en la esquina y comienzo a tocar ese trasero otra vez, ella podría abofetearme justo ahora y no me importaría, porque esto es glorioso, prominente y bastante tonificado. Cuando el ascensor se abre, ella toma mi mano y camina a paso rápido, intento seguirle el paso, pero estoy tan perdido que tropiezo y caigo.

Qué vergüenza. De por sí ya parecí virgen y ahora torpe. Malditos dioses que les gusta reírse de mí.

—¿Estás bien? —pregunta, observándome con esos bellos ojos castaños. No, me golpeé la cadera, pero es obvio que no se lo diré.

—Sí, estoy bien. —Me levanto con toda la dignidad posible y continúo mi camino. Intentando no cojear y ocultando mi cara de dolor.

Al llegar frente a lo que creo es su apartamento, comienza a revolver todo dentro de un pequeño bolso y saca unas llaves, me acorralla contra la puerta y comienza a besarme,

en un ágil movimiento la levanto con mis brazos y enrolla sus piernas alrededor de mis caderas, mi King Kong está a punto de liberarse al estilo Hulk y romper este carísimo pantalón del maldito disfraz de mago. Abro la puerta y la cierro a mis espaldas con ella a horcajadas, la acorralo contra la misma y ni siquiera me percató de lo que esté pasando alrededor.

Acaricio sus fuertes piernas y ella baja sus manos por mi espalda hasta llegar a mi trasero, presiono un poco para que se sientan tonificadas. Luego, las lleva hasta mi camisa y comienza a deshacer el primer botón. Estoy tan perdido, ambos lo estamos... Abro los ojos y como si estuvieran diciendo mi nombre volteo a ver a mi derecha, esto no puede ser cierto.

Oliver y Alexandra están mirando todo el *show* que estamos protagonizando. En cuanto dejo de besarla, Natalie abre los ojos y mira en dirección a donde mi vista está puesta. Hace una mueca y se baja de inmediato, una vez que sus pies tocan el suelo acomoda su vestido y yo intento acomodar mi traje. Al menos el maldito de Oliver no me vio en plena acción.

Una vez, hace mucho tiempo, era la primera modelo rusa que conquistaba y de la emoción dejé la puerta de mi habitación de hotel abierta, él entró y... ¡Pam! Me vio las nalgas, fue la cosa más vergonzosa de la que ninguno de los dos se pudo reír luego y, hasta hoy, algo de lo que no nos atrevimos a volver a hablar.

No siento vergüenza por Oliver, siento vergüenza por Alex. Miro en otra dirección mientras acomodo mi saco como si nada hubiera pasado, de inmediato Oliver y Alex caminan hacia lo que creo es el cuarto de ella. Natalie toma mi mano y me lleva a otro lugar. Cierra la puerta a sus espaldas y comienza a besarme nuevamente, mientras quita mi cinturón y deshace el botón de mi pantalón, comienzo a quitarle el vestido, pero me es casi imposible por la gran cantidad de broches. Y eso no es todo, también hay cintas. ¿Por qué las mujeres usan estas cosas?

Tardé más en sacar ese vestido de lo que ella tardó en provocarme una erección.

Me está comenzando a dar sueño, esto no debe ser cierto. Me intento mantener despierto mientras ella comienza a deshacerse de mi ropa, en ropa interior nos tiramos a la cama y comienzo a besarla apasionadamente, sus besos comienzan a descender por mi barbilla y después comienzo a sentir sus labios en mi cuello, mi pecho... siento que todo da vueltas, pero intento estar al margen de todo, siento un horrible malestar dominar mi cuerpo.

No sé ni cómo, pero en instantes me quedo dormido.

CAPÍTULO 3

David

Despierto de golpe quedando sentado sobre la cama, inmediatamente un dolor punzante se instala en mi cabeza. ¡Qué mierda! Cierro los ojos con fuerza mientras masajeo mi sien. ¿Qué hora es? ¡Joder! Si llego tarde el maldito de Anderson me va a

matar. Miro a mi alrededor. ¿Dónde diablos estoy? Todo es de colores aquí, y veo a la par mía una linda chica, Natalie, recuerdo su nombre al menos, no me va a pasar lo de tener que llamarla «cariño» por no acordarme de su nombre. Y ahí recuerdo que me quedé dormido, ella está con ropa, lo que significa que solo yo me quedé dormido, porque ella tuvo tiempo de ponerse un pijama, no puede ser, solo falta que crea que soy gay. Virgen, tonto y gay.

¡Qué buen comienzo, maldito David! ¡Qué buen comienzo!

Me levanto sigilosamente para que no se despierte y no tener que dar explicaciones. Cuando mis pies tocan el suelo sin provocar ningún ruido, la estúpida alarma suena estremeciéndome, doy la vuelta de manera brusca, y choco con un mueble con espejo, encima tiene una serie de maquillajes que caen al piso casi de inmediato haciendo un estruendoso ruido.

¡Hija de la fruta!

Inmediatamente, la chica que lleva el nombre de Natalie, en un ágil movimiento se pone de pie, saca algo de la gaveta de su mesa de noche y me apunta. ¡Es un arma! ¡Maldición! Voy a morir. Ahogo un grito.

—No me mates, estoy muy joven para morir —sollozo, intento cubrir mi cabeza, no sé ni para qué, no es como que mis manos fueran a servirme como chaleco antibalas o algo por el estilo.

Inmediatamente, su expresión se suaviza al verme y trago saliva mientras despejo mi rostro y ella solo dice:

—Lo siento, me asustaste, había olvidado que te habías quedado aquí.

Baja el arma como si nada y se encoge de hombros mientras apaga el maldito aparato ruidoso, mi corazón late a mil por hora y ella actúa como si lo que acaba de hacer fuera algo muy normal.

—¿Por qué puta tienes un arma? —Intento calmar mi respiración, tiene un arma... ¡maldición! Quiero salir corriendo de aquí.

—¿Por qué te gusta mencionar la palabra *puta*? Deberías tatuarla en tu frente. —Me evade el tema, no me interesa tatuarme nada en la frente, solo quiero saber por qué tiene una puta arma en su habitación.

—Porque es mi puta palabra favorita, ahora dime, ¿qué puta hace un arma en tu habitación?

—No es real. —Sonríe—. Es de espuma. —Me apunta con ella y me vuelvo a cubrir por instinto, cuando tira del gatillo varias burbujas salen de su interior.

La observo confuso y recojo toda la dignidad que se me cayó al suelo con el grito agudo que produjo. En mi defensa, la maldita cosa parece real.

—Qu... Qué bien. —Es lo único que logro decir, y balbuceando. ¿Más tonto no puedo ser?—. Es solo que es muy real. —Aclaro mi garganta.

—Lo sé. —Acomoda su cabello en una coleta, observo que lleva unos *shorts* bastante cortos y ajustados, no es alta, pero tiene muy buenas piernas—. La compré por unos idiotas que teníamos de vecinos, no volvieron a asomarse por aquí cuando la vieron. —Y yo no tengo ganas de asomarme por aquí nunca más.

Recojo mi ropa, al menos me puse los bóxeres nuevos y no el que tiene los dos agujeros, porque sería la gota que colme mi copa de la vergüenza.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? No andas en auto —pregunta, llevando las manos a su cintura, obvio que no, mi aliento debe apestar. Y debo oler a borracho.

—No te preocupes, tomaré un taxi... —Comienza a caminar hacia lo que creo es su guardarropa y... no puede ser... sus *shorts* se ajustan perfectamente a su trasero, todo tipo de morbosidad comienza a pasar por mi cabeza, no puedo dejar de ver mientras ella de espaldas hacia mí busca algo de ropa—. ¿Sabes qué? Tú y yo deberíamos salir a almorzar, hoy mismo —digo sin despegar la vista de su trasero hasta que ella volteo a verme; entonces intento disimular viendo hacia otro lado mientras ubico mi ropa estratégicamente sobre mi entrepierna.

—¿Almorzar? —pregunta enarcando una ceja—. ¿Tú y yo?

—Sí, bueno... te diría a desayunar, pero si llego tarde el maldito de Anderson me manda a la mierda. —Se ríe, da la vuelta otra vez y toma una bata de baño y mis ojos se posan otra vez donde no deben.

—¿Esto es una cita? —Ahora me mira de nuevo y yo intento ver a otro lado.

—No. —¡Ah!—. No, bueno... —Me lío yo solo, ahora no va a querer ir, comúnmente se les dice a las mujeres que sí y luego no las vuelves a llamar, excepto si no conseguiste lo que quieres...

Un resoplo de su parte me interrumpe.

—Estupendo que no sea una cita, ya me habías asustado. —Sonríe ampliamente. Frunzo el ceño. ¿No quiere una cita conmigo? Pero qué ofensa. Me siento rechazado. ¡Qué mujer más mala! No me puedo quedar a discutir ese punto porque el maldito del caga-billetes me lanza por el ventanal si llego tarde.

Me despido de ella, después de vestirme le dije que la llamaría. No, ni siquiera beso su mejilla, mucho peor sus labios, no quiero que sienta mi apestosidad —ni siquiera sé si esa es una palabra, pero si a un caso no lo es yo ya la he inventado—. Aunque, claro, no me podía ir sin su número. Antes de salir de su casa me fijo una vez más en su parte trasera: sí, sí vale la pena.

Natalie

Camino por el parqueo rumbo hacia el lugar donde trabajo, mis zapatos resuenan en el pavimento con cada paso que doy cuando uno de mis tacones se pega en un maldito agujero. ¡Ah! ¡Maldición! Tiro de mi pie con fuerza y caigo de espaldas. ¡Ahhh! Lo que me faltaba, y con este vestido muy ajustado y corto, lo más seguro es que enseñé mi cosita. Inmediatamente me levanto y acomodo mi vestido con *glamour* mirando alrededor, por suerte no hay nadie, ya puedo respirar tranquila y continúo caminando, solo espero que nadie haya visto las cámaras justo ahora.

—Hola, preciosa. —Escucho a uno de mis compañeros de trabajo cuando pasa frente a mí en su flameante auto del año. Había bajado la ventanilla y ahora me guiña un ojo—. Quería estar contigo en la fiesta de Halloween ayer, ¿te fuiste temprano?

Creo que él no capta cuando una mujer no está interesada, tiene el ego por las nubes, el maldito es un dios griego, voy a admitirlo, pero está casado y a mí no me gustan los casados. Y al parecer su cerebro no funciona bien. ¿Es que todos los hombres tienen que ser así? La verdad, estoy pensando en quedarme soltera por el resto de mi vida.

—Llegué con alguien, ¿no estaba tu esposa contigo? —cuestiono a propósito, él solo se ríe y se encoge de hombros.

—Me estoy divorciando. —¡Pero qué coincidencia! Suelto una risa irónica y lo ignoro mientras continúo mi camino y voy en dirección a la puerta. Puedo sentir su mirada en mi trasero y lo compruebo al girarme para encararlo.

—¿Se te perdió algo ahí? —Él simplemente muestra una leve sonrisa y acelera el auto para dejarlo en el *parking*, esto es lo que tenemos que vivir las mujeres día a día.

Camino con más prisa antes de que me alcance, pero mis tacones y mi vestido ajustado no me permiten ir a la velocidad que quiero, a medio pasillo escucho mi celular sonar y no lo saco del bolso hasta que estoy en la sala de maquillaje. Sí, yo conduzco un programa de televisión sobre maquillaje, pero a mí me maquilla otra persona, cosas de la televisión.

Busco finalmente el bendito aparato hasta que lo encuentro entre todas mis cosas. Paso el dedo índice sobre la pantalla y es la misma persona que se quedó dormida ayer: David.

De: David

¡Hola, lindura! ;)

¿Un guiño? ¿Es en serio, David?

Comienzo a teclear mi respuesta, conteniendo una risa mientras tomo el lugar que la maquilladora me indica cuando termina con otra de las chicas.

Para: David

¡Hola, bella durmiente!

No contesta hasta luego de un par de minutos que mi celular vuelve a sonar cuando la chica ha hecho en mi cabello una coleta alta y comienza a buscar con lo que va a empezar.

De: David

En mi defensa, estaba muy tomado.

No puedo soltar una carcajada en ese instante, no contesto porque Marisa ya ha esparcido base en mi rostro. Un par de minutos después otro mensaje llega.

De: David

¿A qué hora paso por ti? ¿Te gustaría que Oliver y Alexandra nos acompañen?

Tecleo rápidamente un: «*Por supuesto*». No puede ser, mi sueño hecho realidad, que mi amiga y yo salgamos en citas dobles.

Pero esto no es una cita.

No quiero que sea una cita, todos los hombres hacen lo mismo: engañar. De algo de una noche este David no pasa, o algo de unas cuantas veces si es bueno en lo que hace. Le digo la hora y dejo mi celular sobre el tocador.

—Natalie. —Escucho mi nombre de parte de una productora del programa, Carmen, también es una buena amiga desde que ingresé a este lugar. Ella siempre lo menciona de una forma canturreada que me hace reír por la vocecilla aguda que hace—. Sales en diez minutos.

—De acuerdo. —La observo rodearme mientras la maquilladora pone algo de polvo en mi cara, se para frente al espejo, se levanta la blusa y se toca el abdomen.

—Quiero ir al gimnasio —dice, esbozo una sonrisa al verla cambiar de posición frente al espejo—, subí cinco kilos después del engaño del maldito de mi ex.

—Pero estás mejor ahora. —Intento subirle el ánimo. Recuerdo que su divorcio fue un escándalo porque su marido se ligó a una modelo importante y apareció en todos los noticieros del país—. ¿Para qué querías tener a tu lado a un tipo que no aprecia una mujer con un corazón increíble?

Ella suelta una risa.

—Porque los hombres prefieren cuerpos increíbles y un buen sexo. —Le escucho decir, acomodándose la ropa. Se va en dirección a la puerta—. Bueno, no es que yo sea mala, soy el Kamasutra andante. Pero mi punto es que ellos prefieren las esqueléticas, tal vez porque son más flexibles, o más fáciles de manipular, no lo sé, yo siempre intentaba moverme de manera ágil y terminaba rodando en la cama a carcajadas probando otro tipo de posición. Pero bueno, así es la vida. Voy a emborracharme para mientras lo supero. ¿Vienes conmigo?

Aún estoy intentando comprender todo lo que me dijo, aunque parte de lo que entendí me hace soltar una carcajada.

—Por supuesto —exclamo, luego de un par de segundos. Ella eleva la palma de su mano en mi dirección y hago lo mismo para chocar la suya.

—Nunca te cases, Natalie.

—Por eso ni te preocupes.

Cuando mi jornada laboral de media mañana se termina me voy directo al parqueo, acordamos con David que lo esperaría aquí, por mucho que insistí que podía llegar sola, él consiguió convencerme de venir por mí. Un Ferrari negro se para justo enfrente. ¡Ah! Lo que me faltaba, maldito Sean, ya me tiene hasta los cojones. ¿Qué es lo que no comprende de que no me gustan los hombres casados? Sin ver al interior bufo y ahora sí, saco mi dedo medio, si le dice a alguien que hice esto me negaré.

—Qué cordial saludo. —Escucho, de una voz que definitivamente no es la de Sean. Inmediatamente llevo mi vista a la persona que ha dicho esas palabras y mi rostro debe ser un poema, quito mi mano y me la llevo a la espalda, me rasco la parte trasera de la cabeza con la otra. Oh, Dios mío.

—Lo... —Aclaro la garganta—. Lo siento, es que un idiota de aquí tiene un vehículo igual al tuyo y creí que era él. ¿Cómo estás, David?

—Bien, gracias. —Sonríe y me mira rodear el auto para subir del lado del copiloto con la vista abajo, qué vergüenza—. ¿Algún idiota al que deba golpear? —pregunta cuando me he acomodado en el asiento del copiloto, y eso me hace esbozar una leve sonrisa.

Esas palabras sonaron tan bien, voy a admitirlo; y recuerdo que ayer golpeé a Dereck por mí. Nadie nunca me había defendido. Niego con la cabeza y él pone en marcha el auto sin mediar palabra, llegamos hasta un restaurante, se ve bien desde afuera, me gusta.

—Esperemos a Oliver, dijo que ya estaba a unos minutos. —Asiento mientras me bajo del vehículo, lo rodeo hasta el lugar donde está él cerrando la puerta y nos quedamos de pie mientras nuestros amigos llegan.

Tamborileo el pie derecho contra el pavimento mientras recuesto la cadera sobre el auto de David, él hace lo mismo a la par mía, se voltea levemente hacia mí y sus ojos tienen un brillo especial con la luz del sol. Vaya, si alguien podía gustarte tanto con solo una mirada, ese era David.

—¿El idiota que nos encontramos ayer es tu ex? —pregunta, sus cejas se arquean y me mira con intriga.

—Así es —contesto, qué vergüenza, la verdad—. No sé a qué horas se me ocurrió salir con él.

—Lo mismo te iba a preguntar, siendo tan bella y con un tipo tan feo como ese —resopla mientras mira al frente, llevando ambas manos al bolsillo.

No puedo evitar reír, la verdad que no soy de las personas que se fijan solo en el atractivo físico, pero tampoco puedo evitar notar cuando un hombre está bastante guapo. David está como dado a hacer y ese color de ojos le da muchos puntos a favor.

En ese preciso momento el Porsche de Oliver con mi amiga se estaciona a la par de nosotros, Alex baja del auto y cuando nuestras miradas se cruzan hacemos lo que hemos hecho toda la vida desde que nos conocemos: gritar y correr a abrazarnos, como dos crías.

—Acostúmbrate. —Escucho que Oliver dice a David, y ellos se encaminan en dirección al restaurante.

CAPÍTULO 4

David

Tal vez no debí ir a ese almuerzo, darme cuenta de que Natalie sabe *kick boxing* y con eso de que hoy me apuntó con un arma dispara mis alarmas de ser una expsicópata. ¿Han visto esos documentales sobre exnovias con extrañas formas de venganzas? A Natalie la miro como una de ellas, mejor no intento nada más, yo no soy para una relación y estoy seguro de que ella no solo quiere *bam bam*. Aunque está bien buena, mejor me alejo de ella. No quiero terminar en un hospital con mis testículos explotados o parapléjico.

Mejor no le digo nada, solo desaparezco como si me hubiera mudado a China y listo.

—Hola, David. —Mi secretaria entra a la oficina sacándome de todos mis pensamientos y contoneando sus caderas en un *sexy* traje rojo bastante ajustado.

—Andi, pero qué bella te ves hoy. —Guiño un ojo, cierra la puerta a sus espaldas y se cerciora de poner seguro, no vaya a suceder lo de la última vez que al maldito de Oliver se le ocurrió entrar a mi oficina y ella estaba aquí sobre mis piernas y yo tenía la mano en su muslo por debajo de la falda.

Camina hacia mí sensualmente y pone sus manos en ambos brazos de mi silla giratoria, se inclina y me deja una gran vista de su escote, posa sus labios en los míos, huelen a fresas y me dan ganas de devorarlos, se sube la falda un poco y se ubica a horcajadas sobre mí, paso mis manos por sus muslos mientras se pasea por cada uno de mis labios. Andi es puro fuego y me encanta, no quiere nada más que sexo porque ya tiene un esposo y no quiere otro.

En ese preciso instante mi celular suena. ¡Jooo...! Iba a espetar miles de malas palabras, pero puede tratarse de un socio importante.

—Lo siento —exclamo, haciendo que Andi ruede los ojos exasperada, se levanta de mí y me pongo de pie para sacar el celular del bolsillo bufando. Es Natalie, me interrumpe en uno de los momentos más preciados, borro su número, pero el mensaje sigue llamando mi atención y de inmediato deslizo el dedo sobre la pantalla. Es un mensaje multimedia.

Observo que Andi arregla unos papeles mientras se lleva un mechón de su cabello rojo detrás de la oreja, vuelvo la pantalla a mi celular y... ¡No puede ser! Es una foto de Natalie en traje de baño, sostenida de lo que parece un mueble y está de frente. Mátenme, mejor, que me da algo.

«Me compré este traje de baño para cuando vayamos a Miami» es la descripción.

¡Yo voy! ¡Por supuesto! ¿Cuándo?

«Quiero ir, aunque aún no me lo has preg...»

No termino de teclear cuando me manda otro mensaje, de inmediato lo abro, espero sea otra fotito, como que hace calor.

«Joder, lo lamento, no era para ti, disculpa».

¿Qué? Yo ya hasta estaba pensando en broncearme en el sol de Miami. Comienzo a borrar todo lo que había escrito para escribir de nuevo.

«Ahora me tienes que invitar ;)»

Y otro guiño. Andi llama mi atención.

—¿Qué te tiene tan intrigado, papi? ¿Me vas a dejar a medias? —Sonríe coquetamente cuando otro mensaje llega.

—Es un cliente, tal vez deberías volver más tarde, porque esto es importante.

Claro que es importante, quiero más fotos. Ella asiente, pero de mal gusto, lanza los papeles contra el escritorio y camina hacia la puerta, en otras ocasiones la hubiese seguido, tomado por la cintura, acorralado contra la puerta... Pero hoy no, esta Natalie me ha dejado sin poder pensar claramente.

Abro el siguiente mensaje.

«Si me envías una foto tuya ;)»

Usó un guiño. ¿Foto mía? ¿De mi rostro? ¿De mi abdomen? Sí, de mi abdomen, a nadie le importa si tienes una cara bonita cuando tu abdomen está marcado, todos han notado eso, el tipo puede tener cara de renacuajo, pero si tiene tabletas de chocolate. ¡Pam! Es el hombre más *sexy* del mundo entero y sabrá Dios cuántas babean por él.

Bien, me voy al baño, por suerte tengo uno privado que no tengo que compartir, me quito la americana, la corbata y la camisa blanca. Por suerte, me gusta ejercitar mi abdomen, si no ni loco hago algo así. Me tomo una foto en el espejo y se la envío, no solo ella me va a hacer calentar.

Envío la jodida foto, pero antes me cercioro de que me vea delicioso. Pasan un par de minutos y no recibo mensaje, alguien se desmayó, me sostengo del lavamanos cuando un mensaje suyo llega.

«No estás mal».

¿No estoy mal? ¿Y eso qué significa? Esperaba algo mejor, como «estás hecho un bombón», «estás buenote», «me mojé», «papasito, bendito sea el gusano de donde sacaron la seda con la que hicieron la sábana que cubría el colchón donde sus señores padres echaron pasión para concebir tan bello ser humano»... Pero no, ella contesta un puto «no estás mal». Tantas horas de *gym* no es para que me contesten eso. Me saco el pantalón y me quedo solo en mi bóxer blanco. Tomo otra foto, haciendo que mis brazos resalten más y mi abdomen. ¡Maldición! Estoy en la empresa y yo haciendo esta tremenda tontería.

Espero la respuesta y su mensaje es solo.

«¿Por qué no bajas la tapa del sanitario luego de hacer pis?»

¿Ah? Volteo a ver en dirección al sanitario, y ahí está el muy pendejo detrás de mí. ¿Es en serio? Se fija en el puto sanitario cuando hay muchas más cosas por ver.

En ese preciso instante, envía otro mensaje multimedia, de inmediato lo abro y es otra fotito suya, ahora mostrándome su retaguardia debajo de ese trajecito. ¡NO puede ser! Dios llévame y reencárname en uno de esos trajes de baño que Natalie usa.

Observo la foto una y otra vez, qué belleza de mujer. ¿Quién es Andi? Esta mujer es mucho mejor.

Aprieto el celular con fuerza, no quiero solo fotos, quiero tenerla aquí enfrente de mí, ahora mismo, alguien irá a hacer una visita hoy.

Inconscientemente llevo mi mano dentro del bóxer para aliviar la tensión de mi entrepierna. Cierro los ojos y me quedo con esa última imagen dentro de la cabeza, mi cerebro la proyecta una y otra vez mientras hago caricias en mi King Kong.

—¿David, qué carajo estás haciendo y en mi empresa? —La voz del maldito del caga-billetes retumba en mis oídos y me estremece, inmediatamente saco la mano y todo mi semblante se llena de todos los colores. Solo a mí me pasan estas cosas.

¿Por qué siempre olvido cerrar la puerta? ¿Por quééééé? En cualquier momento me encontrará en una situación más vergonzosa que esta.

Aunque, la verdad: algo más vergonzoso que esto... no hay.

—No, no, noooo, Natalie, no podemos estar casados, entiéndelo, no, no, no... estoy muy joven, justo cumplí 25 años hace unos meses. —Comienzo a caminar de un lado a otro en la habitación del hotel—. Tengo aún un largo camino que recorrer, metas que cumplir, sueños que alcanzar, mujeres que... —Mejor me callo. Hiperventilo, me siento en una de las esquinas de la cama, me va a dar un infarto, lo sé.

—David, joder, cálmate. Esto se debe arreglar de alguna forma, ahora necesito que te bañes y te vistas para que vayas por unos tampones, porque es obvio que yo no puedo ir así.

Y sigue con los jodidos tampones.

—Estás loca. ¿Cierto? Yo... comprando tampones. —Suelto una risa sarcástica.

¡Pero no! ¡Me hizo ir por los benditos tampones! ¡Mierda! Ni siquiera a mi madre le compré tampones alguna vez. Acomodo las mangas de mi camisa azul mientras camino hacia lo que es un maldito supermercado, un día estás bien tomando unos tragos con una linda chica y al día siguiente estás casado. Me quito el puto anillo de plástico —la verdad que mencionar la palabra *puto* hace que esto suene un poco más sencillo y no como el caos que en realidad es— y lo lanzo cabreado contra el pavimento, que me arrolle un auto ahora, por favor, Dios. Pero no, ellos se detienen y para rematar dicen:

—¿Es que no te fijas por dónde caminas, idiota?

—Fíjate tú, malnacido. —Muy maduro, le enseño mi dedo medio.

Y mi día apenas inicia.

Entro a una farmacia, no sé dónde diablos pueden estar los tampones, los conozco porque mi hermana usaba y le robé uno el día que me rompieron la nariz y... ¡Mierda! Sí que absorben.

Miro el reloj una y otra vez, tengo exactamente 20 minutos para comprar estas cosas, arreglar lo del matrimonio e irme a Nueva York. Si no, iré preparando mi funeral.

Aclaro la garganta al acercarme a un mostrador, una señora pelirroja de mediana edad bajita y regordeta que está mascando un chicle menciona algo bastante parecido a un «ajá».

—Disculpe, hermosa dama. —La miro de pies a cabeza—. ¿Dónde están los tampones? —Sonríe ampliamente. Ella solo me observa intrigada y enarcando una ceja me pregunta:

—¿Son para usted?

¿Es en serio? ¡Claro! Como yo sangro por el culo.

—Solo bromeaba. —Sonríe, maldita—. ¿Cómo los quiere? ¿Lites? ¿Regular? ¿Súper? ¿Superplus?

¿Qué? Creo que era mejor llevarle unos paquetes de algodón.

—Emm, bueno, deme de los cuatro. —Sé cómo son las mujeres y si no llevas algo como ellas quieren arman bronca, mejor me los llevo todos y ella que elija. Juro que hoy mismo me divorcio.

La mujer me entrega cuatro cajas pequeñas, saco mi tarjeta y la identificación una vez que ha dicho el precio y se los entrego. Esto de ser mujer es caro, lo único en lo que he tenido que gastar como hombre es en condones.

—Lo siento, señor Schmitt, su tarjeta ha sido rechazada. —Le escucho decir, después de mirar alrededor y pensar que no fue buena idea venir a este lugar tan lujoso, por ello el precio. Frunzo el ceño y pienso que a lo mejor he escuchado mal.

—¿Cómo? Disculpe.

—Que su tarjeta está bloqueada.

—No, por favor, vuelva a intentarlo, es de crédito ilimitado. —Vuelve a probarlo, y no, ni mierda. Esto no puede ser verdad.

Busco en mi cartera algo de efectivo, y no, no llevo ni un maldito dólar. ¡Qué estrés! Este es el peor día de mi vida, solo falta que me cague un perro.

Saco la tarjeta de la empresa, no tengo otra. Anderson me va a matar, lo sé, y lo peor es que será por comprar unos tampones, será algo interesante decir: «En mi antiguo empleo me despidieron por usar la tarjeta de la empresa para comprarle tampones a mi recién esposa, a quien conocía de apenas tres días atrás». Al menos yo tengo acceso libremente a ella, pero como buen ciudadano nunca la he tocado para cosas que no sean de la empresa.

Señor Anderson, perdóneme.

Obviamente me refiero al señor Anderson padre de Oliver, no al caga-billetes en sí.

Salgo de la bendita farmacia y me paro unos segundos viendo el reloj. Me quedan trece minutos, espero que el semáforo cambie de color mientras miro alrededor. Las putas Vegas, no vuelvo a venir aquí ni en pesadillas.

Un extraño olor invade mis fosas nasales, frunzo el ceño y bajo la mirada hacia el suelo. ¡A la gran...! ¡Lo que me faltaba!

—Maldito perro. ¡Vete a la mierda! —No, no, nooo mis zapatos italianos cocidos a mano ahora apestarán a caca de perro. ¿Por qué, Dios? ¿Por qué? —lloriqueo—. ¿Qué condena estoy pagando?

Miro a la mujer que sostiene el pequeño perrito que se acaba de hacer popó en mis pies y nada más continúa hablando por teléfono tirando del pequeño perro en dirección contraria.

CAPÍTULO 5

David

—Aquí están tus malditos tampones —riño golpeando la puerta del baño y despegando el celular de mi oreja para que los del banco no puedan escucharme. Ella abre y sostiene con ambas manos una toalla para tapar su cuerpo.

—Te envié un mensaje. ¿Por qué no contestaste? —pregunta, me llevo el dedo índice a los labios para indicar silencio y le señalo el teléfono celular, ella toma la pequeña bolsa y mira mi calzado, hace una mueca de asco y yo ruedo los ojos al cielo. Vuelve a cerrar y me comienzo a quitar los malditos zapatos.

—Señor Schmitt. —Escucho del otro lado de la línea, de inmediato vuelvo mi celular a mi oreja para seguir escuchando—. Hemos hecho todas las verificaciones, la tarjeta fue bloqueada por petición de su persona, pero usted llamó el día de ayer diciendo que autorizáramos los cincuenta mil dólares para pagar un ascensor y que luego bloqueáramos la cuenta...

—¿Qué? —interrumpo—. Espere... señor de servicio al cliente. —Llevo la mano a mi cabeza... ¿Cincuenta mil dólares? ¡Dios mío!—. ¿Un ascensor? ¿Dónde compré un ascensor?

—Señor Schmitt, según informes en nuestro sistema usted dijo que quería disfrutar su luna de miel con su esposa en un ascensor bajando desde el piso cincuenta y que autorizaba la transacción de cincuenta mil dólares porque le recordaba a la película *50 sombras de Grey*.

—¿50 de qué...? ¿Qué carajo es eso? —Frunzo el ceño mientras me siento en el filo de la cama, puta mierda, no vuelvo a tomar.

—Supongo que se refería a la película *50 sombras de Grey*.

—¿Qué? ¡Oh, por Dios! ¿Qué pu...? —En ese preciso instante siento que arrebatan el teléfono celular y llevo la vista en dirección a Natalie, que está apagándolo y lo tira sobre la cama.

—¿Qué rayos te pasa, Natalie? —Me pongo de pie a la defensiva—. No puedes tomar mi celular, cortar la llamada y tirarlo sobre la cama.

—Pues ya lo hice... —En ese preciso instante deja caer la toalla de su cuerpo quedándose solo en ropa interior. ¡Me muero!

Hormonas, cálmense.

Comienza a buscar algo de ropa en una maleta de espaldas hacia mí. ¡Como que me da algo!

—Na... Natalie, vístete, por favor —balbuceo como un idiota, ella de inmediato voltea hacia mí.

—¿Qué? O sea... ¿Tú si puedes pasearte por ahí en ropa interior y yo no? —Sostiene en las manos un pequeño vestido de flores y comienza a vestirse con él frente al espejo.

—Es... es... —Trago saliva—. Diferente. —Me siento en el borde de la cama y veo cómo su pequeño vestido se va deslizando por su piel hasta quedarse completamente ajustado a toda su silueta.

—Estamos casados, así que... a la mierda. —¡A la mierda mi vida! Continúo recorriendo su cuerpo con la vista, esas curvas son las causantes de que yo esté aquí, casado, con una terrible resaca, caca de perro en mis zapatos caros y sin cincuenta mil putos dólares.

Tengo ganas de tirarme por el balcón.

—¿Entonces yo puedo caminar desnudo por aquí porque estamos casados? ¡Qué considerada! —No dice nada, solo se encoje de hombros y yo observo cada uno de sus movimientos. Se pone los zapatos, bastantes altos. ¿Cómo puede andar con esas cosas? ¿Y todo el día? Comienza a ponerse miles de cosas en el rostro, lo que significa que no iba maquillada, y a decir verdad no se notaba la diferencia, comienza a hacer rulos en su cabello con un aparato que no conozco, y ahí me percaté de que ya ni de broma llego a Nueva York temprano, solo espero que el caga-billetes no me llame antes.

Me dejo caer de espaldas sobre el colchón deseando tener padrinos mágicos para desear poder volver al día de ayer y no cometer esta tremenda tontería. Intento recordar, aunque sea una mínima parte de lo acontecido, pero no, nada. Yo no sirvo para ser un alcohólico y siempre lo hago.

—Natalie... —digo, incorporándome nuevamente de un salto cuando recuerdo que hoy estábamos desnudos, lo que significa que...—. ¿Recuerdas si nos protegimos? Porque si no fue así estamos a tiempo de ir por una pastilla del día después o no sé qué, porque para eso fueron creadas esas benditas pastillas, ¿no? Para el día después, para cagadas como la que cometimos ayer, y no hablo precisamente de tener relaciones sexuales, porque es muy normal tener relaciones...

—David...

—Pero casarnos... ¡Por Dios! Si nos casamos borrachos no quiero pensar qué más hicimos irresponsablemente, y ya tengo suficientes líos en la cabeza como estar ahora pensando que tenemos que hacernos cargo de un niño...

—David —me grita—, sí, hay cinco preservativos en la papelera, así que supongo que sí, y ya deja de inventarte tonterías que me voy a poner histérica pensando que me haya podido embarazar justo ahora.

—¿Qué? —pregunto perplejo—. ¿Cinco? ¿Cinco? —digo con más fuerza—. ¡A la mierda! ¡Me exprimiste! ¿Es eso siquiera legal?

—¿Yo? ¿Quién fue que dijo que su King Kong era todo un orangután?

Me llevo las manos a la cara y muevo los dedos hasta mi cabello. ¿Por qué mejor no bailé solo en una mesa como los borrachos normales?

—Bien, acabemos con este jodido matrimonio y finjamos que nunca nos conocimos —dice tomando sus cosas, frunzo el entrecejo.

—¡Por fin una mujer con la que me entiendo! —Suspiro y me levanto de la cama—. Mujer, choca esos cinco. —Extiendo la palma frente a ella y casi de inmediato la choca con la suya—. Espera, necesito lavar estos zapatos, son los únicos que traje.

Un día antes

David

Estoy sentado frente a mi computadora, solo cuando Oliver no está me doy estos gustos, estiro los pies y los pongo sobre el escritorio comiendo palomitas de maíz mientras miro no sé qué película. ¡Qué hijos de puta más tontos! ¿Cómo vas a dejar a un tipo perdido en Tailandia? Qué idiotas, siento comezón en los vecinos de mi King Kong, llevo la mano por debajo de mi pantalón. ¡Ah! ¡Qué alivio! Mi celular suena y me hace estremecer, regando las palomitas por todos lados. ¡Ah! ¡Joder! Saco la mano del pantalón y tomo el celular, que está cerca de la computadora.

Paso el dedo índice por la pantalla y veo que es un mensaje multimedia... de Natalie. Ya sé qué significa eso. Me incorporo en la silla giratoria de la oficina y abro el mensaje, el estúpido wifi está lento, lo que significa que hay muchos conectados, estupendo, me iré a dar mi paseo por todos los pasillos dentro de un rato. Miro para todos lados mientras espero que cargue la imagen, mi estómago da un vuelco, no sé con qué me iré a encontrar, ojalá sea una fotito desnuda, ya hasta está despertando mi entrepierna, y esto que no la he visto.

Llevo los ojos al celular, y es una imagen de la jodida pantera rosa con un odioso mensaje de que mi día sea próspero. ¿Qué? ¿Por esta mierda esperé tanto? Comienzo a teclear rápidamente.

Para: Natalie

Yo quiero fotitos ;)

Listo, enviar. Espero conteste rápido y sin más imágenes de esa estúpida cosa rosa. En fracción de segundos recibo su respuesta. Rápidamente abro el mensaje y ahí está una foto suya frente a un espejo, con un bonito vestido azul cielo que se le ajusta perfectamente por toooooodos lados. Muerdo mis nudillos viendo principalmente cómo se pronuncia su escote.

Para: Natalie

¿Salimos?

Ella de inmediato contesta «ok». ¡A la mierda el trabajo! Yo voy a salir con esta chica. Exactamente a mi hora de salida, sin importarme si hay trabajo pendiente o no, salgo a buscarla.

Conduzco hacia el lugar donde nos vamos a ver. No sé por qué, pero me siento feliz, la radio suena invadiendo cada rincón de mi coche y comienzo a corear las jodidas canciones de los Bee Gees.

De pronto unas luces de colores llaman mi atención. Miro por el espejo retrovisor y observo una patrulla detrás de mí, y están hablándome por una bocina. ¡Ah! ¡Esto no puede ser cierto!

Lentamente me detengo buscando la orilla. ¡Lo que me faltaba! ¡Una multa! De inmediato una mujer castaña de mediana edad viene hacia mí a paso rápido, ya estoy jodido. Abro la ventanilla y la observo por el espejo sacar una linterna.

—Disculpe, señor, ¿sabe a la velocidad que iba? —Enciende la linterna y la pone frente a mis ojos.

—¿Y usted sabe que aún es de día, señora? —Ella agranda sus ojos azules y puedo ver cómo sus nudillos se quedan pálidos de apretar la jodida linterna con fuerza.

—Le hice una pregunta. —¿Qué? ¿Todavía me grita?

—¿Acaso me ve cara de radar? —Ahora sí apaga la jodida linterna y la lleva a su bolsillo, saca unos jodidos papeles y suspiro.

—Documentos, por favor —menciona, extendiendo la mano. Hago lo que me dice por no tener más problemas cuando en mi mente la estoy maldiciendo de todas las maneras posibles—. Gracias —enuncia. Sí, ahora es educada... ¡Putos policías de tráfico!

Me extiende la multa con una sonrisa junto a mis documentos. ¡Joder! ¡No! Miro el jodido papel, con todas las multas que pago mensual yo solito les doy su sueldo a todos estos hijos de su madre.

—Hija de puta —siseo, guardando mis documentos.

—¿Cómo me llamó? —¡No puede ser! Vuelve a poner la luz de la linterna frente a mí—. He dicho: ¿Cómo me llamó?

—¿Pre...ci...osa da...ma? —Logro decir en un hilo de voz. ¡Solo a mí me pasan estas cosas!

—Está detenido, señor Schmitt, salga del auto. —Agrandando los ojos y la observo con intriga.

—¿Qué? ¡No! No puede...

—Que salga del auto dije. —Saca unas esposas. ¡Oh, por Dios!

Media hora después estoy aquí detenido, con los codos sobre mis rodillas sosteniendo la cabeza con ambas manos sentado en el borde de una cama dentro de una celda.

—Señor Schmitt. —Un hombre afroamericano alto y robusto llama mi atención, levanto la vista en su dirección—. Tiene derecho a una llamada.

Maldita sea, en estos casos al que llamo es a Oliver, pero el maldito está en Miami. Comienzo a hacer memoria: mi hermana no es una opción, no, lo más probable es que esté tirándose a algún viejo ve a saber en qué parte del mundo.

Mierda, no tengo de otra.

Salgo de aquella celda y me encamino hacia el jodido teléfono escoltado del oficial este. No me sé su número, así que hago un berrinche digno de David Schmitt que incluye intentos de desmayo para que me presten mi teléfono celular y marcar su número, por fin lo consigo. De inmediato que su celular suena escucho su voz invadir mis oídos, el día más vergonzoso de toda mi jodida vida.

—Hola, Natalie. —Sonrío ampliamente, aunque no me esté viendo, dicen que cuando sonrías a la persona al otro lado de la línea puede notarlo, no sé cómo—. Necesito un favorcito.

¡Qué vergüenza! Me lo repito una y otra vez mientras camino hasta mi celda a esperarla. Definitivamente solo con Natalie he pasado todas estas cosas, a estas alturas debe tener un concepto bastante malo de mí, tengo que esmerarme más si quiero conseguir algo.

Me siento otra vez en el borde de la cama en la misma posición que estaba mientras espero ser sacado de esta prisión, luego de un par de minutos escucho las puertas abrirse, levanto la mirada y veo a dos tipos con vestidos rosados y mucho tul, parecen bailarinas travestis de ballet. Un asiático y un rubio teñido bastante delgado me miran con curiosidad y sonrían ampliamente una vez que cierran el portón a sus espaldas.

—¡Holaaaa! —dicen al unísono con una fingida voz bastante aguda.

—Yo soy Paula.

—Y yo Marisol.

—Y juntas soooooomos las Kitty Dolls —ronronean y comienzan a aplaudir dando saltitos.

Esto no puede ser verdad.